



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

TIPLES CÓMICAS
LUCÍA PASTOR



Es una actriz deliciosa
distinguida y apreciada,
por salada y por graciosa,
por graciosa y por salada.

SUMARIO

Taxi.—De todo un poco, por Luis Taboada.—Telefonía, por José Jackson Veyán.—Mito, por Simón Delgado.—Las lombrices, por Eduardo de Palacios.—La modelo, por Felipe Pérez y González.—El hombre de las economías, por Juan Pérez Zúñiga.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

Grandes.—Lucía Pastor.—Pepe la frestachona ó el colegial des-
cruellito.—De esta le viene al galgo..., por Gilla.



¡Parece mentira lo que se adelanta!

Lo digo por el Círculo Artístico-Literario que nos hemos echado.

Antes el escritor público era un sér infeliz y mal vestido, que tomaba café de cuando en cuando: ahora todos poseemos nuestro gabancito decente, y hay alguno de nosotros que toma tres ó cuatro cosas al día y tiene dos ó tres trajes en buen uso.

No hay más que entrar en el Círculo, para comprender si hemos adelantado. Los socios aparecen exornados con todo el decoro que exigen las conveniencias sociales; el dinero circula en abundancia; los mozos van y vienen, sirviendo bebidas, más ó menos humeantes, y en todas las fisonomías se descubre el bienestar que hoy disfrutan los hijos de las letras y las artes.

Diríase que aquella era una reunión de príncipes sencillos, entregados al recreo lícito y á la cultura honesta.

Hay socios que se pasan la existencia tendidos muellamente en los divanes; hay otros que van al Círculo con el solo objeto de saborear el excelente café, venido expresamente de Puerto Rico para uso de la colectividad, y se entusiasman al oír decir al mozo:

—Treinta céntimos. Nada más que treinta céntimos cuesta la taza, con y sin leche.

—¿Qué escucho?—exclamaba el consumidor, tornándose rojo de felicidad.

—Todas las demás bebidas cuestan aquí la mitad del precio corriente. Véase la clase.

Y el socio prueba las bebidas, y no acierta á comprender cómo puede la sociedad venderlas tan baratas.

Ello es que el Círculo está lleno día y noche.

—Pepe—dice la esposa al esposo,—no dejes de frecuentar el establecimiento artístico-literario.

—¿Por qué?

—Porque quiero que seas persona de viso. Nada eleva tanto al hombre como la cualidad de socio fundador ó de número. Ten en cuenta, además, que allí son más baratos todos los artículos, y á ver si le metes en la cabeza á la junta la idea de establecer un *restaurant* económico. ¿Quién sabe si con el tiempo podremos ir á comer allí todos los de casa por una ó dos pesetas?

Las mujeres están muy contentas desde que se ha abierto el Círculo.

Ayer me decía la esposa de un poeta:

—No sabe V. cuánto me alegro. Antes de haber Círculo, mi esposo se pasaba el día metido en casa, y en vez de versificar, andaba de habitación en habitación, enterándose de si estaban bien hechas las camas y de si habíamos barrido debajo del sofá. En cuanto oía decir á la chica que necesitaba aceite, ó pimentón, ó harina de linaza, ya estaba él gruñendo y poniéndonos como trapos. Otras veces le daba por salir fuera de puertas y gastaba un dineral en calzado. Ahora, metidito en el establecimiento, le van á durar mucho más las botas y no destrozarán los pantalones por abajo.

A pesar de todo esto, hay quien niega la utilidad del Círculo.

—¿Me quiere V. decir para qué sirve?—exclamaba ayer un enemigo de la cosa.—¿Qué nos metemos en el bolsillo los escritores y artistas?

—Hombre—le contestamos.—¿Pretendía V. acaso que le dieran, con el título de socio, un par de libras de garbanzos de Fuente Saucó, ó un paquete de velas de esperma?

Por supuesto, la felicidad del escritor público no para en esto sólo.

Ya hay aristócratas titulados que se dedican á proteger poetas.

El ilustre Leopoldo Cano salía noches pasadas de su casa, cuando fué detenido en la calle por un criado, que le preguntó:

—¿Es V. buen poeta?

—¿Cómo?

—Hábleme V. con toda verdad, porque si no voy á llevar yo las culpas.

—¿Qué dice V.?

—Mi señor necesita un poeta que sea bueno, para una cosa urgente. Conque haga V. el favor de venir conmigo, por lo que sea.

—Pero, ¿es posible que le hayan dado á V. semejante comisión?

—Ya se ve que sí. Por orden del señor me fuí al teatro y pregunté dónde habría un poeta de confianza; allí me indicaron el nombre de V., y he venido á buscarle.

—Pues bien—contestó el aplaudido autor,—dígame V. á su amo que los poetas nos dignamos algunas veces conceder audiencia á los magnates.

—¡Caramba!

—El hombre que V. busca puede encontrarle fácilmente.

—¿Dónde?

—En cualquier esquina. Diríjase V. á esos que tienen unas cuerdas colgadas del hombro.

—¿Un mozo de cordel?

—Exactamente. Es el poeta más digno de su amo de usted.

Lo referido es rigurosamente histórico.

Pero consolador, en medio de todo.

Esto de mandar por un poeta, como si se tratara del sangrador ó del calli-ta, es conveniente en cierto modo, porque podrán establecerse de poetas algunos chicos sin porvenir que hoy hacen endecasílabos en el seno de la familia.

Mañana ó pasado puede poner tienda de quintillas cualquier vate indigente y sacar un sueldo regular.

El que no quiera correr los azares de un establecimiento, organizará un servicio á domicilio, como el de las burras de leche, y bastará... que fije en las tahonas un cartelito diciendo:

POETA LÍRICO DE PRIMERA CLASE

VISTO VERSIFICAR

va á domicilio

O puede evitarse el gasto del anuncio recorriendo todos los días las casas principales de la corte.

—Tras, tras,

—¿Quién?

—¿Es aquí donde se necesita un poeta fácil y de sentimiento?

—No, señor; será en el cuarto de al lado, que acaba de morirse un tío carnal de la señora.

—¿Buscaban VV. un poeta?

—Sí, señor; pero ya no lo necesitamos, porque teníamos unas décimas usadas y nos hacen el mismo servicio.

—Vaya, pues que VV. lo pasen bien, y dispensar...

—No hay de qué.

Y así sucesivamente.

LUIS TABOADA.

TELEFONÍA

I

UN ABONADO. ¿Central? Deme usté abonada catorce.

CENTRAL. Funciona ya con otro.

UN ABONADO. ¡(Pues siempre está (Aparte.) mi buena amiga ocupada.)

La chica es tan divertida
que estar callada no sabe. *(Al teléfono.)*
¡Avíseme cuando acabe
de funcionar!

CENTRAL.

En seguida.

II

VICENTE.

¿Central? Deme *El Liberal*.

CENTRAL.

¿Quiere la administración,
ó quiere la redacción?

VICENTE.

Es lo mismo. Me es igual. *(Hablando con una señora.)*

LA TÍA.

Ve usted, tía, esto es atroz.

VICENTE.

¡Qué bien se percibe el eco!
Es que el alambre está hueco;
por eso llega la voz. *(Suena la campanilla del teléfono.)*
La campanilla reclama
mi presencia. *(Aparte á la tía.)*¡Aquí, Vicente! *(Hablando al teléfono.)*

Ya está de cuerpo presente

El Liberal. *(Aparte á la tía.)*

EL LIBERAL.

¿Quién me llama?

VICENTE.

Nadie: Vicente García.

Hágame usted la merced
de hablar. Le molesto á usted
para que le oiga mi tía.

LA TÍA.

¡Dame, que lo quiero oír!

VICENTE.

¡No! ¡No sea usted curiosa! *(Retirándola del teléfono.)*

LA TÍA.

¿Pero qué ha dicho?

VICENTE.

Una cosa
que no se puede decir.

III

GIL.

¿Central? (¿Si estará dormida?)

CENTRAL.

¿Central?

GIL.

¿Qué ocurre?

Al momento.

deme usted el número ciento;

lo necesito en seguida.

CENTRAL.

Ya está usted.

GIL.

Vuelvo á llamar. *(Tocando el botón.)*

¡Demonio! No me contesta.

ella no duerme la siesta... *(Suena el timbre.)*

Ya responde. ¿Eres Pilar?

UNA VOZ.

¿Quién me llama?

GIL.

Gil Lahoz.

(¿Es divina esta casada?)

UNA VOZ.

Bien.

GIL.

¿Está usted constipada?

Tiene tomada la voz.

Quisiera hablarla.

LA VOZ.

Ya escucho.

GIL.

Anoche hablar no he podido:

El tonto de su marido

se estaba fijando mucho.

LA VOZ.

Es verdad.

GIL.

Pero de mí

no se aparta su memoria.

¡Pilar, usted es mi gloria!

¿Podré merecer un sí?

¡Me es imposible esperar!

LA VOZ.

¿De veras? ¡Pues ahora voy

á reventarle!

GIL.

¿Qué?

LA VOZ.

¡Soy

el marido de Pilar!

IV

Yo.

¿MADRID CÓMICO?

SINESIO.

Está aquí.

Yo.

¿Quién llama?

Yo.

Un desesperado.

SINESIO.

¿Eres Sinesio Delgado?

Yo.

¿Y tú serás Jackson?

Yo.

¡Sí!

SINESIO.

¿Cómo te hallas de existencias?

Yo.

Yo siempre estoy como quiero.

Bien; pues mándame el dinero

de estas cuatro conferencias.

JOSÉ JACKSON VEYÁN.

IDILIO

El pastorcillo aquí era instruido,
porque había leído
en no sé qué librote de su abuelo
el cuento entretenido
de la Arcadia feliz, copia del cielo.

Y envidiaba el pastor (naturalmente)
aquella edad alegre y divertida,
y el sencillo candor de aquella gente
que pasaba la vida
á la de jauja igual, ó parecida.

Pues ¡y el amor aquí! ¡Miel sobre hojuelas!
¡Qué dulces cantinelas!
¡Qué inocentes zagalas!
Todas Fillis, ó Naves, ó Gracielas,
¡y nada de Manuelas
ni Blasas, ni Toribias, ni Pascualas!
Aquello era la gloria,
si el librote de marras no mentía;
¡y qué hermoso sería
retroceder cien años en la historia!

Con toda esta balumba en la cabeza
de pájaros y fuentes y arroyuelos
y pastoril simpleza,
quiso el rapaz buscar la gentileza
y la holganza feliz de sus abuelos,
y dióse á encariñarse con la idea,
y á no hablar á las gentes de la aldea,
y á pensar en pamplinas tentadoras,
y á descuidar ovejas y corderos,
para tocar la flauta á todas horas
en el prado, en el valle, en los oteros...

Pero según el texto del librote,
no había un monigote
de aquellos que pasaban la existencia
sin un remordimiento de conciencia,
que no adorara á veces ó en secreto
á alguna mocueta del contorno;
belleza escultural, sin otro adorno
que una flor en las greñas ó en el peto.

Por de contado, platonismo puro,
¡de eso estaba seguro!
Faltando el complemento de su idea,
como al gran don Quijote
le faltaba también su Dulcinea,
propuso á la zagala Dorotea
fundar la Arcadia á escote.

La chica, que era guapa, pero tonta
¡tonta de capirote!
á dejarse querer estuvo pronta.

Y aquí tienen ustedes
cómo empezó su idilio Nicomedes.
(Es Nicomedes el zagal del cuento.
¿No lo he dicho? ¡Lo siento!)

Todo iba bien, muy bien, Enamorados,
se querían los dos muy sosamente;
buscábanse por valles y collados,
y pasaban las horas dulcemente
pescando renacuajos en la fuente,
en tanto que triscaban los ganados
por viñas y sembrados.

Pero ¡oh dolor! un día,
cuando más la pareja se quería,
se enteraron del caso otros pastores
asaz murmuradores,
y algunas envidiosas de la aldea
dijeron no sé qué de Dorotea.

Estudiada la causa y discutida,
empeñóse la gente
(de suyo lenguaraz y maldiciente)
en que estaba la Arcadia prohibida,
y, puesto que era mala,
tenía que enmendarse la zagala.

Contaron la calumnia un par de veces
al padre de la chica, que era un bestia
que jamás se paraba en pequeneces
(y perdona si ofendo su modestia),
y el hombre, por si acaso,
quiso salir del paso
pegando un puñetazo en el cogote
al infeliz Batilo del librote.

Y una hermosa mañana de verano
con mucho cielo azul y prado ameno
sorprendió á los amantes el villano
vomitando veneno.

¡Qué coscorrón aquél! ¡Santa Madona!
¡Suficiente á aplastar á una persona!
No quedó de la flauta ni una astilla,
y bailó el tañedor de coronilla.

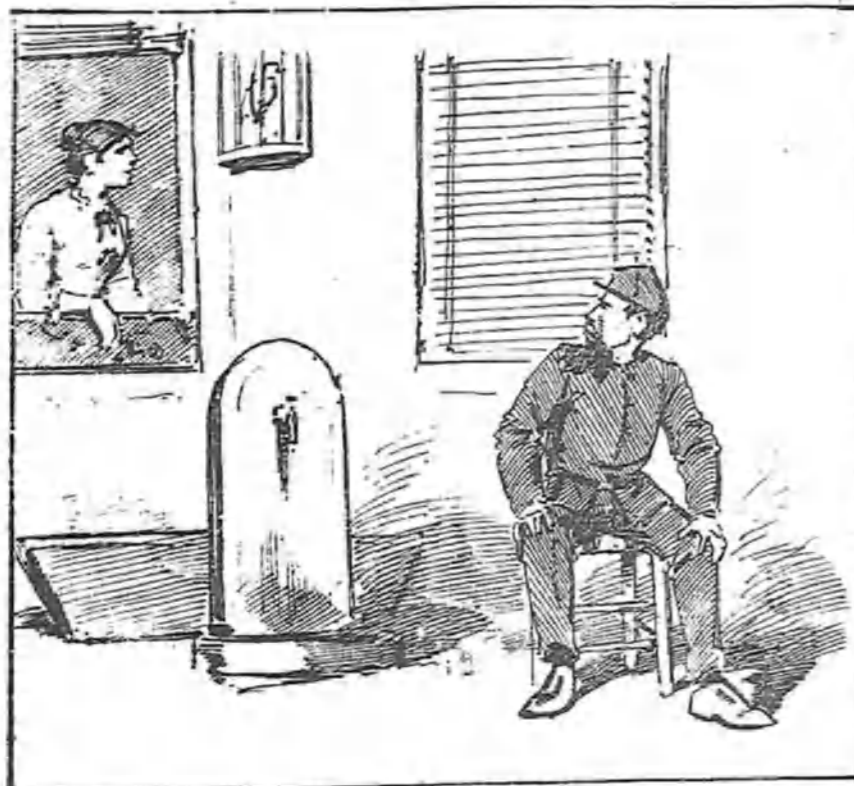
Así acabó el idilio de mi cuento.
¡Vive Dios que me pesa
tan prosaico final, pero no miento,
y la verdad es esa!

Queda una cosa que advertir á ustedes:
Me ha dicho Nicomedes
que con un semi-seguro tan terrible
no hay élogos posibles.

SINESIO DELGADO.

PEPA LA FRESCACHONA Ó EL COLEGIAL DESENVUELTO

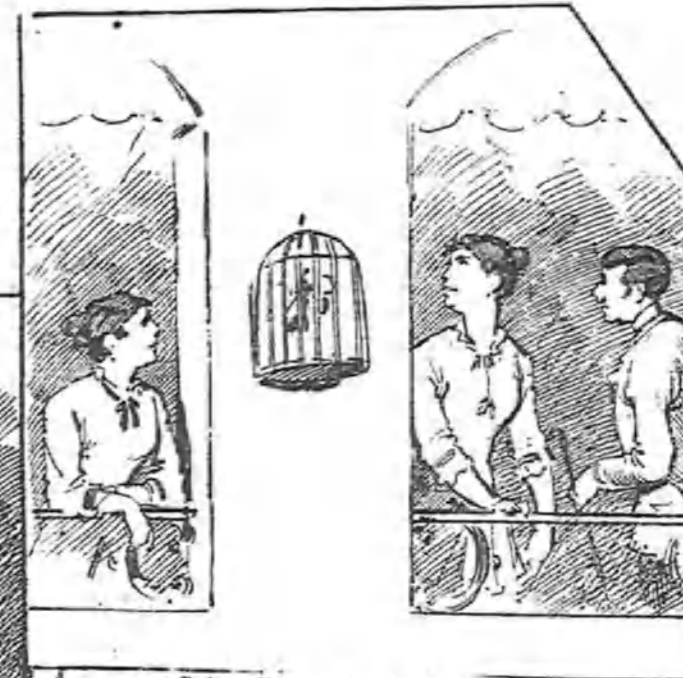
(SAINETE DE RICARDO DE LA VEGA)



—¿Le parece a V, Mariano, estar sin desayunarse á las doce del día?
—¡Eso le pasa á mucha gente!



—Algunos setos has echado en mis brazos cuando te quitaron el pecho.
—No me acuerdo cuando me quitaron el pecho.



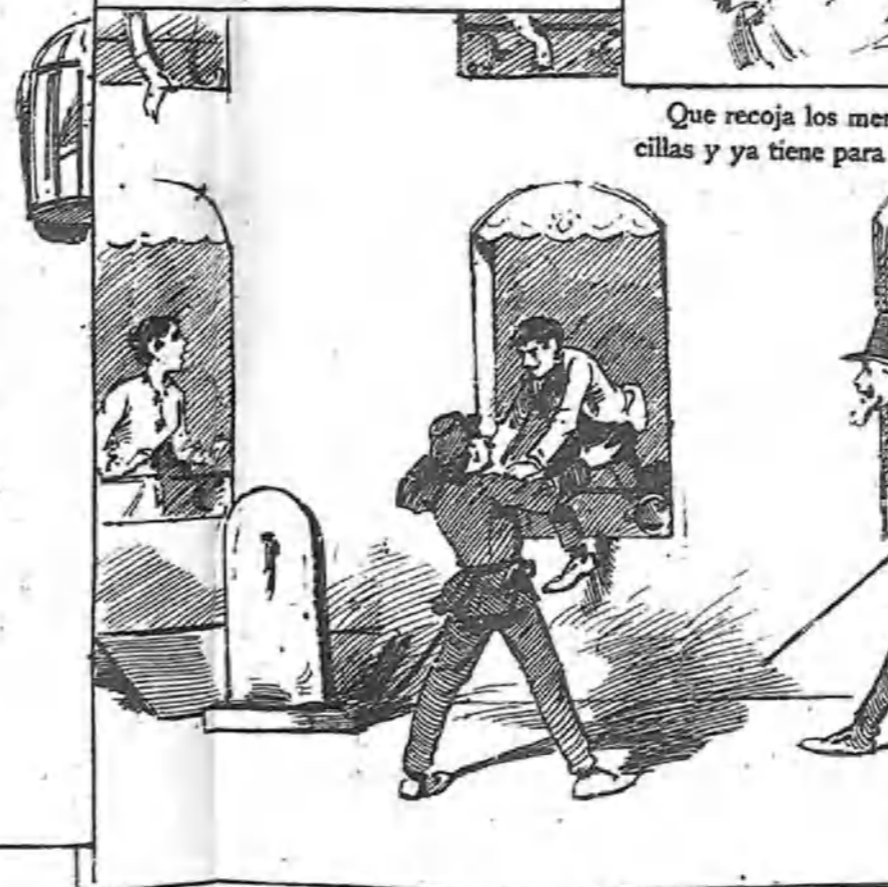
—«Salve di mora casta é pura...»
—¿Oyes? Eso es á nosotras.
—¡Ay! sin duda nos conoce.
—¡Claro! ¿No has oído? Casta y Pura.
—Pues es verdad. Las conoce á VV. ¿Y de dónde?
—¡Vaya V. á saber! ¡Somos tan conocidas!



—Algunas veces le oigo desde aquí dar unos berridos... ¡Brr... brr... brr!...
—Así se debe educar á los hijos.
—Hombre, á berridos no.



—Es V. hechicera.
—¡Guasón!
—Es V. la primer viuda de la península é islas adyacentes.
—¡Guasón!



Que recoja los mendrugos la criada de las Verdellillas y ya tiene para dar de comer á los pájaros.

—¡Hay bronca!... ¡Me parece que hay bronca!



—¡No salgo de mi apoteosis!

LOMBRICES

Es un padecimiento temible que causa estragos en la infancia y aun en la adolescencia, y aun en el ramo de adultos.

En la edad *baril* suele hallarse individuos e individuos con lombrices.

—Niño, no comas ya más dulces—aconseja un padre con amargura a su hijo querido,—no comas, que crían lombrices.

Por las lombrices se explica entre personas mayores esa costumbre que domina a varias personas; ese desollarse las narices en público.

Hay varón infeliz,
que vive con la mano en la nariz;
y hombres hay tan felices,
que se gozan limpiando las narices.

*Esto quiere decir, caros lectores...
que hay hombres que parecen aguadores.*

Las lombrices son demagógicas.
Observen VV. que atacan generalmente a las personas bien acomodadas.

Porque son las que comen dulces.

Cuando las lombrices se apoderan de una persona, la devoran. La humanidad soberbia es juguete de los insectos.

Yo mantuve relaciones con una señorita de Roquefort; vamos, con lombrices.

¡Qué días tan amargos pasaba!

Me quería hasta el delirio, pero sufría.

No por mí; por ellas; por las lombrices.

—Mi vida—la decía yo,—te encuentro indiferente.

—No lo creas, rico—me contestaba.

Esto de «rico» es una hipérbola, tan usual como injustificada, dirigida a personas disolventes ó insolventes.

—Te adoro—repetía mi amada;—pero sufrí horriblemente.

Yo no podía sospechar que mi novia padeciese reconcomios intestinos.

Llegué a dudar de su amor.

—¡Ella, tan pura, tan tierna—pensaba yo,—tan buena hija, tan buena hermana, tan buena sobrina, tan buena prima carnal, engañarme!

Por fin se descubrió el enigma.

Mi futura suegra accidental me llamó cierto día, y me dijo:

—Tengo que descubrir a V. un secreto de la niña.

—¡Cielos! ¿Qué es esto?—pensé por lo bajo ó por lo *jondo*.

—La niña es un ángel.

—Ahora me pide mi mano—me dije a mí mismo.

—Ella está loca por V.

—¡Tanto honor y tanta felicidad!

—Pero sufre la niña.

—¿Qué, su papá me rechaza tal vez?

—No, señor, mi esposo quiere a V. como a un hijo del postumo.

—Señora, ¿qué quiere usted decir?

—Vamos, como a un hijo futuro.

—Ya.

—Pues eso.

—Entendámonos; yo soy hijo de buenos padres y auténtico, legítimo y no del porvenir.

—Pues bien; dejando eso a un lado, mi niña tiene afición al dulce.

—¿Quiere V. que la obsequie?...

—No es eso; sino que el abuso del dulce la ha producido enfermedad de lombrices.

—¡Vaya un dote!—me dije a *migo* mismo.

—Eso la tiene flacucha, pálida y ojerosa, como V. ve.

—¡Pobrecita!

En su casa reunían una vez por semana a los parientes y amigos con pastas y licores baratos.

Ella, en cuanto llegaba la hora del *lunch*, me llamaba y me decía:

—Déjate de golosinas, rico, y quédate conmigo; hablaremos solos y sin testigos; ¿qué mejor golosina que yo?

Me resignaba fácilmente, y me quedaba.

Esto me proporcionaba dos ventajas: hablar con ella y salvarme de las pastas y de los licores.

A las pastas prefería el amor en rústica.

Me ausenté, y mi novia no perdía correo: me escribía a diario.

Cesó un día de escribir.

Pasaron otros dos días, y no recibí carta.

Me alarmó esta falta, y regresé a Madrid precipitadamente.

Entonces supe con dolor que había fallecido mi novia, devorada por las lombrices. Era enfermedad hereditaria.

Mi suegro en conato había sido revistero de salones durante muchos años.

Esto le facilitaba la satisfacción de la gula, porque el hombre deliraba por los dulces particularmente, y aún más particularmente por los que no le costaban dinero.

—Caballero—me dijo solemnemente,—yo he padecido de lo mismo que mi niña, pero en mayor escala: he arrojado más de cien kilómetros, y según opiniones facultativas, aún me quedan otros tantos.

No celebré la muerte de la chica, pero exclamé en secreto:

—Gracias, Dios mío, por haberme librado de ser yerno de un... *railorero*.

EDUARDO DE PALACIO.

LA MUJER PERFECTA

A MI QUERIDO AMIGO Y PAISANO ES NOTABILÍSIMO ESCULTOR ANTONIO SUSHILLO

Tuvo un escultor famoso el pensamiento de hacer la estatua de una mujer que fuera un tipo pasmoso; *non plus* de las creaciones, de su ideal fiel trasunto y prodigioso conjunto de todas las perfecciones.

Empleando cuantos artes su ingenio le sugirió, a centenares buscó modelos por todas partes; mujeres que no imaginaba nada más bello el amor; si una buena otra mejor, si una hermosa otra divina; y para que su proyecto lograra buena fortuna, fué copiando de cada una el detalle más perfecto.

De esta los ojos, de aquella una pierna... que *dislora*, de otra tercera la boca que no es posible más bella. De una un brazo, de otra un hombro, de otra un pie, que es un encanto, de otra un pecho... ¡Cielo bantol! ¡qué pecho... si es un asombro!

De otra una mano preciosa, de otra un gesto encantador, y de otra... En fin, lo mejor de cada mujer hermosa. Cuando acabó su tarea, y al fin pudo, sin zozobra, ver terminada la obra y realizada su idea, asombrado del portento, que hizo surgir su cincel, gran rato quedó ante él extático y sin aliento; y turbada su razón de orgulloso y satisfecho, sintió nacer en su pecho la más extraña pasión.

Pasión fierá, irreprimible, espantosa, que abrasaba su ser, y que se estrellaba contra el mármol insensible...

Presa de febril anhelo, exclamó con fe sencilla, puesta en tierra la rodilla y la mirada en el cielo:

«Señor, ten piedad de mí, y devuélveme la calma que ante esa estatua perdí, no piedad también el alma por tan ciego frenesí.

«Tú inspiraste mi creación y has permitido que inflame este amor mi corazón...

Señor, ten piedad, y dame la dicha de Pigmalión.

«Anima esa estatua impía; préstale fuego, que encienda

esa masa inerte y fría; dale un alma que comprenda este anhelo de la mía.
«Alma en que viertas tus dones; que, en todas las ocasiones, cual yo siento y pienso y crea: un alma que también sea conjunto de perfecciones.»

Sin duda, el cielo clemente esta plegaria escuchó, porque la estatua empezó a animarse de repente, y apareció ante su vista mujer de beldad tan rara, que ni él mismo la soñara en su delirio de artista.

¡Qué expresión en su semblante tan sublime, tan graciosa! ¡Qué atracción vertiginosa en su seno palpitante!

¡Qué inocencia reflejada en su frente se divisó! ¡Qué delizura en su sonrisa! ¡Qué pasión en su mirada!

—Tú eres mi ensueño de amor, mi ventura, mi alegría, ¡el alma del alma mía!—gritó loco el escultor.

—Dime qué a este anhelo mío un corazón corresponde... Responde, mi bien, responde y dame la paz que ansío.

Que tu voz divina abra el cielo que aspiro yo...—Y la mujer sonrió sin decir una palabra.

—No empieces a darme agravios, ó aquí has de verme morir.—Y ella volvió a sonreír mas sin despegar los labios.

—Con tu hermosura sin par mal se aviene su doblez.—Y ella sonrió otra vez, pero también sin hablar.

—Aún, por fuerza, en ti quedó algo del mármol, de fijo...—Y ella, sonriendo, dijo con la cabeza que no.

—Pues ¿por qué te callas? Di. ¿Eres muda, dulce bien?...—Y ella respondió, también con la cabeza, que sí.

Frenético el escultor, miró alzado al firmamento, y exclamó con rónico acento:—¿Qué es lo que has hecho Señor?

No me entendiste sin duda: yo perfecta la quería y, para desdicha mía, no es perfecta, porque es muda.

Y una voz grave y correcta, desde el cielo con desprecio repuso:—Callate, necio...

¡Pues porque es muda, es perfecta!

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ.

EL HOMBRE DE LAS ECONOMÍAS

«Ast como la ociosidad es madre de todos los vicios, la economía es, si no madre, por lo menos tía de todas las virtudes.»

Esto dice mi vecino D. Bonifacio, tipo notable en quien está personificada la quinta esencia de la economía, y del cual voy a poner en conocimiento de VV. algunos rasgos característicos.

Se llama Bonifacio Bermúdez y Peñalva de León; pero sólo se firma B. B. P. León, cuyo ahorro de letras le produce tal economía de tinta, que con su importe, según dice, le basta para pagar la contribución y comprar cada nueve años un par de zapatillas.

Tiene una sola hija, aunque podía haber tenido más, ¡pero como es tan económico!... Y hay quien dice que procuró saliese hija y no hijo, porque los varones siempre ocasionan más gastos a los padres.

La esposa de nuestro hombre sucumbió de un empacho de economía, porque D. Bonifacio fué siempre un despilfarrador de medidas económicas.

La criada no cobra más que dos duros al mes; pero en cambio sus ocupaciones se reducen solamente a guisar, lavar, planchar, peinar a la señorita, al señor y al gato, desesterar, llevar la contabilidad, hacer recados, ribetear al amo lo que se le ofrezca y extender el padrón, apesar de todo lo cual está contenta en la casa, más bien que por las lecciones de economía que recibe por la gratificación que la tiene asignada el novio de la señorita en pago de trabajos extraordinarios.

Como D. Bonifacio, sobre ser muy económico, es muy ordenado, tiene detalles sumamente curiosos en su comida.

Véase la clase:

De los ciento catorce garbanzos que salen a la mesa cada día, son para él treinta y ocho, para su hija cuarenta y uno y para la criada los treinta y cinco restantes.

El tocino es invariablemente un prisma rectangular oblicuo de seis centímetros de altura, que distribuye D. Bonifacio en esta forma: para la niña, la mitad inferior; para él, la superior, y para la criada, la corteza.

Cada cucharada de café sirve en aquella casa para tres días. A él no le gusta, pero a su hija sí, y ésta lo toma puro el día del estreno, a la segunda representación lo toma con leche, y a la tercera lo toma con repugnancia.

La pobre chica es una mártir económica.

Respecto a las prendas de vestir, no puede darse mayor economía que la que se gasta en casa de mi vecino.

Compra un saco de entretiem po en buen uso. Le lleva como tal durante siete otoños consecutivos, trascurridos los cuales, y hechos los cortes necesarios en la prenda, pasa ésta a ser un gabán de invierno para la chica, merced al forro que ella misma se arregla con los mejores retazos que sobran de la alfombra del gabinete. A los dos años de hacer este servicio, el gabancito, ya convertido en prenda de verano por lo desgastado, pasa a ser propiedad de la criada, que lo pone cuatro puntillas y lo luce los domingos en la Fuente de la Teja por espacio de otros dos años, hasta que reducido a trozos informes y destinado a sacar brillo a los botines de la cama, se le jubila con el haber que por clasificación le corresponde.

D. Bonifacio no saca paraguas a la calle más que cuando hace buen tiempo, porque dice que con el agua, podría estropearse. Él mismo se ha dedicado a buscar por esas tiendas de Dios los comestibles más baratos.

Hace ocho días tomó nota en la calle de las Tabernillas de unas bacaladas económicas que parecían chalecos de gamiza en estado calamitoso.

En la calle de Asocha compró por muy poco dinero un azúcar molida tan excelente, que en cuanto la niña la probó con el café, resolvió utilizarla en lo sucesivo, mezclándola con agua, para sujetar los baldosines de la habitación cuando se movieran.

En cierta tienda se enamoró de unas bujías baratísimas, de pábilo incombustible y tupo norte-americano, que harían su servicio si fuese posible conseguir que ardieran.

Y por último, de otro establecimiento llevó hace dos meses un cuarterón de ciruelas pasas fósiles tan baratas, que con ellas tiene postre para toda su vida; pues si a estas fechas anda todavía a vueltas con la segunda, es porque se le ha perdido la primera.

¡Se compra cada par de botas por veintiocho reales!... Y es de notar que, no obstante lo económico del precio, le salen bastante malas; pero le entran bastante bien, y es lástima que en los veinte días que le dura cada par hicran de un modo tan cruel la susceptibilidad de los pobres calcetines.

Si alguna vez come calamares D. Bonifacio, porque se los trae de la Mancha un hermano suyo que es famoso cazador, no crean ustedes que se come también la tinta que los rodea, sino que la conserva para ir cubriendo las calvas de su sombrero de copa. Y luego se vuelven locos los amigos para adivinar la causa de que las perchas de sus antepasados trasciendan a marisco.

Si algún día manda poner merluza frita para cenar, ya se sabe que el almuerzo del día siguiente consiste en raspas con arroz, ó en tortilla a las finas raspas.

En fin; si yo hubiera de referir a VV. todas las extravagancias de D. Bonifacio, necesitaría, no una resma de papel, sino papel continuo (salva sea la exageración).

Otro día continuaré, no para que se miren ustedes en el espejo de mi vecino, porque mi vecino no gasta espejos, pero sí para que se asombren VV. más y más de sus famosas economías.

Él dice que su sueldecito de seis mil reales en Hacienda no da de sí para más, y esto es cierto. Pero también es verdad que cuenta sobre dicho sueldo con la renta de tres casas en Madrid y dos dehesas con vistas al campo en la Rioja. ¡Pobrecillo!

¡Imitación, queridos lectores, la conducta de D. Bonifacio, y si queréis tener mucho dinero, sed tan económicos como él... y sobre todo tan propietarios!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Señor Director de Comunicaciones:

Nuestro corresponsal de Segovia no ha recibido el paquete correspondiente al número pasado. ¡Esto ya es horrible!

Item más:

Nuestro corresponsal de Tafalla se queja, y con razón, de que en aquella ciudad, que tiene 6.000 habitantes, no hay más que un cartero para todo el servicio; de manera que cartas y periódicos se reparten con gran retraso.

Ambas cosas pongo en conocimiento de V. Suyo afectísimo.



Recuerdos del día de difuntos:

—¡Ay! El lunes estuve en el cementerio, y no sabe V. el daño que me hizo.

—Es natural. ¿Habrá V. visto la sepultura de su difunto?...

—No; fué que se me indigestó el lomo del almuerzo.



A un mozo del café de las Vistillas le robaron ayer tres cucharillas, y dijo el infeliz con faz serena:

¡Buena está la parroquia, buena, buena!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. P. C.—Cartagena.—Hoy le enviamos al encuadernador. La recibirá en cuanto esté lista.

Sr. D. O. B.—Huesca.—Tienen bastantes correcciones de forma, sobre todo los endecasílabos y quebrados, que suelen no estar bien medidos.

Sr. D. C. L.—Santander.—Mehañillos.—Muchas gracias por los flores.

Sr. D. M. L.—Zaragoza.—En fin de Noviembre. *Viente*.—Toledo.—Composición sí es, pero no muy buena que digamos.

El Bachiller Viti-Hoy.—Salamanca.—Eso está divinamente escrito! Lo conservaré.

K. Misión.—Cádiz.—¡Compárame! Se necesita ser andaluz para echar pipos a María Santísima.

Bocaccio.—Alicante.—Cuando un verso termina en vocal y el siguiente empieza con vocal, el segundo resulta torto. Y esto se nota más en las seguidillas.

Quihonts.—Mida V. esos versos... y verá cómo no le sale la cuenta.

Asalla Merol.—Bastante defectuosas, pero con defectos chiquitos, que no se pueden detallar.

La P. Pedra.—Ese final me arredra, señor de la P. Pedra.

Sr. D. P. L.—Gijón.—Me gusta la *amorada*, pero *Azco* es mucha juasa.

Sr. D. J. F. B.—Zaragoza.—Sirve.

Sr. D. L. A.—Madrid.—Sirve también.

Un lector que se fija.—Estamos completamente de acuerdo, y tanto es así, que hace días estoy dando vueltas a un plan de organización, para el que tendré presente sus consejos.

Sr. D. J. C.—Madrid.—Es demasiado serio.

Sensible.—Usted va mejorando cada día, pero no es lo bastante todavía.

Sor S.^a.—Madrid.—Muy moral, pero muy floja. Váyase lo uno por lo otro.

Pedreg.—El cuento, que ya conocía, es muy gracioso; pero ¡tan sucio!

Prevençal.—No se publica porque, cuando hubiera sido para ella, habría pasado la oportunidad.

Quedan veintitres cartas sin contestar hasta el número próximo; Pero ¿qué ha de suceder? Yo me ahogo, y VV. no se enmiendan!



El niño mayor de los señores de Batracio.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.
Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.
Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.
A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.
Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.
En provincias no se admiten por menos de seis meses.
Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.
A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.
Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2. segundo

DES PACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO
Teléfono núm. 620

COMPAÑÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

ESPAÑA CÓMICA

(APUNTES DE VIAJE)

De las crónicas ilustradas que con este título se publican en el periódico, se hace una tirada aparte en cartulina superior, con el objeto de formar un álbum elegante, que constará de cincuenta hojas, una para cada provincia, y una de cubierta, conteniendo la portada y el prólogo.

Cuando se concluya el álbum, se venderá á los precios siguientes:

Sin encuadernar..... 20 pesetas
Encuadernado en tela..... 25
Cartulinas sueltas (cada una)... 0,50

Para mayor comodidad del público y nuestra, los pedidos de cartulinas se servirán, tanto en Madrid como en provincias, de diez en diez hojas, á medida que se vayan publicando.

A libreros y corresponsales se hace el descuento del 30 por 100; es decir, que les costará cada cartulina 35 céntimos.